

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE PASCUA: la vida nueva lleva a obedecer a Dios en lo profundo de nuestra conciencia.

1ª Lectura, Hch 5,27-33 (también se lee en el 3º domingo (C)): 27 Los trajeron y los presentaron al tribunal supremo. El sumo sacerdote les preguntó: 28 «¿No os ordenamos solemnemente que no enseñaseis en nombre de éste? Y, sin embargo, habéis llenado Jerusalén de vuestra doctrina y queréis hacernos responsables de la sangre de este hombre». 29 Pedro y los apóstoles respondieron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. 30 El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero. 31 Dios lo ha ensalzado con su diestra como jefe y salvador para dar a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados. 32 Nosotros somos testigos de estas cosas, como lo es también el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que lo obedecen». 33 Ellos, enfurecidos con estas palabras, querían matarlos.

Salmo Responsorial, 34,2.9.17-20: 2 Bendeciré al Señor a todas horas, su alabanza estará siempre en mi boca; 9 Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el hombre que se refugia en Él. 17 El Señor se enfrenta con los criminales para borrar su memoria de la tierra. 18 Ellos gritan, el Señor los atiende y los libra de todas sus angustias; 19 el Señor está cerca de los atribulados, Él salva a los que están hundidos. 20 El hombre justo tendrá muchas contrariedades, pero de todas el Señor lo hará salir airoso.

Evangelio Jn 3,31-36: 31 El que es de la tierra es terreno y habla como terreno; el que viene del cielo está sobre todos. 32 Da testimonio de lo que ha visto y oído, pero nadie acepta su testimonio. 33 El que lo acepta certifica que Dios dice la verdad. 34 Porque el que Dios ha enviado dice las palabras de Dios, pues Dios le ha dado su espíritu sin medida. 35 El Padre ama al hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas. 36 El que cree en el hijo tiene vida eterna; el que no quiere creer en el hijo no verá la vida; la ira de Dios pesa sobre él».

Comentario: 1. a) Los apóstoles no admiten un mandato injusto, por eso desobedecen al Sanedrín, recuerdan a los gobernantes que la obediencia a Dios es lo primero. La profundidad de las convicciones que Jesús ha despertado ya no se apagará con el martirio, al revés: se extenderá más y más la fe. “Este grito –serviam!- es voluntad de ‘servir’ fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida, a la Iglesia de Dios” (J. Escrivá). El Salmo 119 (57-64) habla de cómo la ley divina es una pedagogía hacia la libertad interior, que da seguir esta ley inscrita en la conciencia “en cuya obediencia consiste la libertad humana y por la cual será juzgado personalmente (cf. Rm 2,15-16). La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla” (*Gaudium et spes* 16), la base para vivir la moralidad. A veces tenemos miedo de que esa voz interior nos hable y nos diga lo que no queremos oír, porque nuestros sueños nos parecen más interesantes que la verdad. También podemos dudar de Dios y de que nos ame, pero -me decía una persona- “noto a Dios entre las costillas, algo así como un dolor que me hace ver lo que he hacer aunque cueste”, es hacer aquello que es justo, “lo que hay que hacer”... de algún modo es lo que hace ver Susanna Tamaro al pintar qué pasa cuando no se escucha la voz: “Mi madre vivió plenamente su tiempo, se dejó arrastrar por aquella corriente colectiva sin sospechar la inminente vorágine del precipicio. Habiendo crecido sin raíces sólidas la arrolló el ímpetu del torrente... puede que ante el estruendo de la cascada, que al cabo de poco la arrojaría a lo desconocido,

haya sentido nostalgia de esas raíces que nunca tuvo... las estalactitas continúan bajando hacia las estalagmitas como enamorados separados por una divinidad perversa. En ese mundo creado por el agua todo vive y se repite con un orden casi invariable. Así mi madre vivió con fervor los años de la revolución y, para abrazar ese sueño, llegó hasta alterar sus sentimientos: entonces era más importante la aprobación del grupo... prosiguiendo su navegación llegarían al fin a un mundo nuevo, una tierra en la que el mal no tendría ya razón de existir y reinaría soberana la fraternidad. La grandeza de esa meta no permitía dudas ni indecisiones, había que seguir adelante unidos, sin individualismos, sin añoranzas, marcando todos el mismo paso como las hormigas africanas, capaces de devorar un elefante en pocos instantes"... esa falta de moralidad conduce al desastre, al comunismo o el nihilismo, "porque es amar y ser amado, y no la revolución, la aspiración más profunda de toda criatura que viene a este mundo". Y, en referencia a esta ley inscrita dentro, añade: "Un niño que nace no es una pizarra limpia sobre la que se puede escribir cualquier cosa, sino una tela en la que alguien ha trazado ya la trama de un bordado: ¿recorrerá ese camino marcado por otro o escogerá uno diferente? ¿Continuará calcando el surco trazado o tendrá el valor de salirse de él? ¿Por qué uno rompe la urdimbre y otro la completa con ciega diligencia?"... Esta ley con todos estos condicionantes, "¿existe algún lugar del cielo que los contiene: un catálogo, un archivo, una memoria cósmica?" No: nuestra percepción de la verdad es dinámica, a través de las decisiones y de las equivocaciones entramos en ese "saber", en el juicio de la balanza de lo bueno y lo malo... hay una búsqueda de algo... "era precisamente la belleza la luz que ilumina el corazón del hombre" que tiene muchas manifestaciones artísticas, por eso dice: después de haber hecho Dios el mundo, inventó la música para que el hombre lo pudiera comprender. "Estoy convencido de que tenía mucho que ver en esto su relación con la armonía, con la música: en el terreno de la belleza lograban disolver cualquier conflicto". Esta estética es divina y constituye la sabiduría, el árbol de la vida, que nos da Jesús ya ahora en la esperanza...

b) "Los guardias se llevaron a los Apóstoles y los presentaron ante el Gran Consejo. Imagino la escena. Once hombres. El grupo de los apóstoles, conducidos por la policía al tribunal. En Jerusalén, están de actualidad estos días: arrestos sucesivos... cárcel... interrogatorios. Se piensa en ese Gran Consejo, el Sanedrín, ante el cual compareció, hace poco otro «personaje» llamado Jesús, y que ese mismo Gran Consejo tuvo a bien hacer desaparecer.

-Os prohibimos severamente enseñar en ese nombre... Queréis, pues, hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre... En el fondo, los jefes de Jerusalén tienen miedo. Les remuerde la conciencia el recuerdo del homicidio cometido hace poco: ¡la sangre derramada les atormenta! No se atreven siquiera a pronunciar su nombre: El caso Jesús continúa embarazándolos. De hecho Jesús está siempre allí, se prolonga en sus apóstoles. En realidad, ¡la cosa no les ha salido bien! Se creyó haberlo suprimido. En vez de uno, ¡son ahora once! Y no es por azar que reproduzcan casi físicamente la vida de su maestro: Vedlos también, a pocos días de distancia, ante el mismo tribunal. La Iglesia es la continuación de Cristo. Hoy, la Iglesia sigue también estando expuesta al «juicio» del mundo.

-Pedro y los apóstoles contestaron...

Toda la realidad del «colegio apostólico» existe ya y se está manifestando. El papel de Pedro no compite con el de los demás. El Papa es el continuador de esa misión de unificación, de fiador, de porta-voz en nombre de todos.

-Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

En su situación de acusados, los apóstoles continúan siendo testigos. Ninguna situación incluso la más desfavorable nos dispensa de ser apóstoles. ¿Me encuentro yo

también, alguna vez, ante opciones o decisiones de ese género: obedecer a Dios, o bien, obedecer a los hombres? Decidirme por lo que Dios quiere y no por lo que el mundo quiere. Ser capaz de resistir a las mentalidades corrientes, a las incitaciones recíprocas, a los hábitos. ¡Ayúdanos, Señor!

-Dios resucitó a ese Jesús a quien vosotros disteis muerte.

Tiempo pascual. Tiempo de testimonio y de resurrección. Tiempo de audacia y de valentía. Tiempo de esperanza y de certeza: Dios conducirá bien su obra. La obra de Dios no puede fracasar. La muerte no puede quedar victoriosa. El pecado no puede vencernos siempre. «¡Dios resucitó a Jesús!».

-Nosotros somos testigos de estas cosas, nosotros y el Espíritu Santo.

«Nosotros... y el Espíritu...» ¡Qué audacia y que conciencia de ser los portavoces de Dios! Se han entregado totalmente a la empresa de Dios. Señor, envía tu Espíritu.

-El Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen.

«Los que le obedecen...» Una de las definiciones del cristiano. ¡Si fuese así, en realidad! ¡Qué imagen más dinámica del apóstol nos dan esas páginas!: un hombre apasionado de Dios, investido por Dios... para ser testigo de Dios entre los hombres; apasionado por sus hermanos, vuelto hacia sus hermanos para dirigirlos hacia Dios” (Noel Quesson). La valentía en el hablar la recordaba San Gregorio Magno: «Así como el hablar indiscreto lleva al error, así el silencio imprudente deja en su error a quienes pudieran haber sido adoctrinados».

2. En el salmo hay una intensificación de esa presencia de Dios que nos infunde confianza, ante Él está el justo, que no sólo actúa con recta conducta, sino también es quien vive el arrepentimiento y la vuelta humilde a Dios. También nos indica que Jesús pasó por la Cruz para llegar a la Resurrección. Es necesario que el grano de trigo muera para que pueda dar fruto. Los sufrimientos de todo apóstol, de todo creyente, pues todos hemos de ser apóstoles en nuestro ambiente, están marcados con vida. El Señor está cerca de los que sufren. A Dios pedimos hoy «que los dones recibidos en esta Pascua den fruto abundante en toda nuestra vida» (oración), con la firme esperanza de las palabras del Señor: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (aleluya). Damos gracias al Padre, que “en la resurrección de Jesucristo nos has hecho renacer a la vida eterna” (comunión) y le pedimos “que el alimento que acabamos de recibir fortalezca nuestras vidas” (comunión).

San Juan Crisóstomo hablaba de esta rectitud de conciencia: «Lo que hay que temer no es el mal que digan contra nosotros, sino la simulación de nuestra parte; entonces sí que perderíais vuestro sabor y seríais pisoteados. Pero, si no cejáis en presentar el mensaje con toda su austeridad, si después oís hablar mal de vosotros, alegraos. Porque lo propio de la sal es morder y escocer a los que llevan una vida de molicie. Por tanto, estas maledicencias son inevitables y en nada os perjudicarán, antes serán pruebas de vuestra firmeza. Mas, si por el temor de ellas, cedéis en la vehemencia conveniente, peor será vuestro sufrimiento, ya que entonces todos hablarán mal de vosotros y os despreciarán; en esto consiste en ser pisoteados por la gente». Y San Agustín advierte: «En otros tiempos se incitaba a los cristianos a renegar de Cristo; en nuestra época se enseña a los mismos a negar a Cristo. Entonces se impelía, ahora se enseña; entonces se oía rugir al enemigo, ahora, presentándose con mansedumbre insinuante y rondando, difícilmente se le advierte. Es cosa sabida de qué modo se violentaba entonces a los cristianos a negar a Cristo; procuraban atraerlos así para que renegasen; pero ellos, confesando a Cristo, eran coronados. Ahora se enseña a negar a Cristo y, engañándoles, no quieren que parezca que se les aparta de Cristo (...). Como ciego que oye las pisadas de Cristo que pasa, le llamo... pero cuando haya comenzado a seguir a Cristo, mis parientes, vecinos y amigos comienzan a bullir. Los que aman el

siglo se me ponen enfrente: “¿Te has vuelto loco? ¡Qué extremoso eres! ¿Por ventura los demás no son cristianos? Esto es una tontería. Esto es una locura”. Y cosas tales clama la turba para que no sigamos llamando al Señor los ciegos».

3. a) Las palabras con las que concluye el diálogo de Jesús con Nicodemo son el resumen de todo el evangelio de Juan:

- Jesús ha venido del cielo, es el enviado de Dios, nos trae sus palabras, que son la verdadera sabiduría y las que dan sentido a la vida: son la mejor prueba del amor que Dios tiene a su Hijo y a nosotros;

- el que acoge a Jesús y su palabra es el que acierta: tendrá la vida eterna que Dios le está ofreciendo a través de su Hijo; el que no le quiera aceptar, él mismo se excluye de la vida.

Nosotros seguramente hemos hecho hace tiempo la opción, en nuestra vida, de acoger a Jesús como el enviado de Dios. Hemos considerado que es él quien da sentido pleno a nuestra existencia, y nos esforzamos por seguir su estilo de vida. Estamos guiándonos, no con los criterios «de la tierra», sino los «del cielo», como decía Jesús a Nicodemo.

Esto supone que nos esforzamos, día tras día, en ir asimilando vitalmente las categorías evangélicas, para no dejarnos llevar de las categorías humanas que se respiran en este mundo, que son «de la tierra» y a veces opuestas a las «de arriba».

Pedro nos ha dicho que Jesús es el Jefe y Salvador, que en él encontramos el perdón de los pecados. El evangelio nos ha repetido que el que cree y sigue a este Jesús posee la vida eterna. Esto nos llena de alegría y a la vez de compromiso.

Si tenemos la posibilidad y la opción de una Eucaristía diaria, ella nos da la mejor ocasión de acudir a la escuela de Jesús, de escuchar su Palabra, de dejarnos iluminar continuamente por los criterios de Dios. Para que nuestra categoría de valores y nuestra manera de pensar y de interpretar a las personas y los hechos de la historia vayan coincidiendo plenamente con la de Dios. Y además, la Eucaristía nos da la fuerza diaria para que podamos realizar esto en la vida.

b) “Hoy, el Evangelio nos invita a dejar de ser “terrenales”, a dejar de ser hombres que sólo hablan de cosas mundanas, para hablar y movernos como «el que viene de arriba» (Jn 3,31), que es Jesús. En este texto vemos —una vez más— que en la radicalidad evangélica no hay término medio. Es necesario que en todo momento y circunstancia nos esforcemos por tener el pensamiento de Dios, ambicionemos tener los mismos sentimientos de Cristo y aspiremos a mirar a los hombres y las circunstancias con la misma mirada del Verbo hecho hombre. Si actuamos como “el que viene de arriba” descubriremos el montón de cosas positivas que pasan continuamente a nuestro alrededor, porque el amor de Dios es acción continua a favor del hombre. Si venimos de lo alto amaremos a todo el mundo sin excepción, siendo nuestra vida una tarjeta de invitación para hacer lo mismo.

«El que viene de arriba está por encima de todos» (Jn 3,31), por esto puede servir a cada hombre y a cada mujer justo en aquello que necesita; además «da testimonio de lo que ha visto y oído» (Jn 3,32). Y su servicio tiene el sello de la gratuidad. Esta actitud de servir sin esperar nada a cambio, sin necesitar la respuesta del otro, crea un ambiente profundamente humano y de respeto al libre albedrío de la persona; esta actitud se contagia y los otros se sienten libremente movidos a responder y actuar de la misma manera.

Servicio y testimonio siempre van juntos, el uno y el otro se identifican. Nuestro mundo tiene necesidad de aquello que es auténtico: ¿qué más auténtico que las palabras de Dios?, ¿qué más auténtico que quien «da el Espíritu sin medida» (Jn 3,34)? Es por esto que «el que acepta su testimonio certifica que Dios es veraz» (Jn 3,33).

“Creer en el Hijo” quiere decir tener vida eterna, significa que el día del Juicio no pesa encima del creyente porque ya ha sido juzgado y con un juicio favorable; en cambio, «el que rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él» (Jn 3,36)..., mientras no crea” (Melcior Querol).

c) Quien cree tiene la vida eterna... Fe y esperanza en el Nuevo Testamento y en los comienzos de la Iglesia van unidos; “pero siempre se ha tenido también claro que no sólo hablamos del pasado; toda la reflexión concierne a la vida y a la muerte en general y, por tanto, también tiene que ver con nosotros aquí y ahora. No obstante, es el momento de preguntarnos ahora de manera explícita: la fe cristiana ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros «performativa», un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo «información» que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes? En la búsqueda de una respuesta quisiera partir de la forma clásica del diálogo con el cual el rito del Bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo. El sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: «¿Qué pedís a la Iglesia?». Se respondía: «La fe». Y «¿Qué te da la fe?». «La vida eterna». Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para «la vida eterna». En efecto, ayer como hoy, en el Bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna. La fe es la sustancia de la esperanza” (Benedicto XVI).